

Erotismos En el imaginario

ANDRÉS DE LUNA

10
EstePaís cultura

La fantasía parece destilarse en el aljibe de las imaginaciones. Una imagen, una sensación, un hecho de pronto constituyen el hallazgo que se convertirá en puente hacia el placer. Howard Hughes, millonario y caprichoso, ponía en escena en sus filmes de singular mediocridad algunas de sus costosas visiones lúbricas. Produjo en 1927 la cinta *Hermanos de armas*; ahí la actriz Mary Astor realizó una secuencia difícil y peligrosa a la vez: tenía que nadar en las aguas heladas del puerto de San Pedro, en California. El magnate pidió realismo: en lugar de las comodidades del estudio prefirió que se hiciera la toma en un escenario real. Las aguas eran un tanto grasientas y el oleaje mantenía una temperatura baja. Ella, la Astor, tenía que simular que se ahogaba. Fue tanto el interés de Hughes por ese instante que la protagonista casi pierde la vida. Además, la escena se repi-

tió un sinnúmero de ocasiones. Al corte la joven era subida al barco, se le daban unos tragos de cognac Hennessy y Hughes le daba masaje en todo el cuerpo, con particular énfasis en los pechos y el trasero. Cuenta Charles Higham en *El aviador*, biografía del empresario petrolero, que al platicar con el realizador del filme, Lewis Milestone, éste le confesó “que Hughes mostraba un excesivo grado de interés en la secuencia. La veía en su sala privada de proyección entre las dos y las cuatro de la madrugada, recreándose en la contemplación del cuerpo de Mary Astor y en cómo el vestido, empapado, se le ceñía. Era el principio de su eterna aproximación a la producción cinematográfica. Era, también, la manera de satisfacer sus fantasías sexuales; al producir él mismo las películas podía crear sus propios sueños eróticos”.

Claro está que pocos pueden darse el gusto de enfilear sus imaginarios lúbricos por esas veredas. Mozart se contentaba, en medio de la soledad, con enviarle cartas a su complaciente esposa Constanza. El músico tenía una afición que ha resultado desagradable para muchos de sus admiradores. El psicoanalista José Ferrés se sentía turbado al imaginar al autor de *Don Giovanni* recostado en un campo abierto y con la mirada fija en el orificio anal de su novia, a la que instaba a que entregara sus excrementos para satisfacerlo. Por cierto que ese ajetreo por las heces también lo admitía con satisfacción enorme el mismísimo Adolf Hitler. Por lo regular amante de la limpieza, el Führer escandalizaba a su sirvienta al entregarle su habitación para que la aseara luego de estar con alguna de sus amantes. El olor era el de una letrina sucia y las sábanas y colchas guardaban un estado lamentable. Lo curioso del caso es que algunos biógrafos han tratado de deslindar de sus filias tanto a Mozart como a Hitler sin darse cuenta de que el deseo transita por rumbos de muy diversa índole y que esa preferencia corresponde a una simple fantasía. Amable o repugnante, cada quien establecerá sus intereses.

El mismo James Joyce era un amante de la escatología. Basta leer las cartas íntimas destinadas a su esposa Nora Barnacle para darse cuenta de ello. Gustaba de olisquear los calzones sucios de su compañera conyugal. Por cierto que el pintor Alberto Gironella, al enterarse de los gus-



tos del escritor de *Ulises*, se sintió asqueado por el entusiasmo del irlandés ante las “manchas marrones” en las prendas íntimas de Nora. En otro territorio, el compositor británico Percy Grainger sólo podía tener relaciones sexuales si llevaba puestos unos guantes de látex. Era el caso contrario a los gustosos de las heces; él funcionaba con el ánimo aséptico de un médico cirujano. En algunos clubes de Tokio es práctica habitual que los ejecutivos que asisten a los espectáculos de *striptease* lleven sus guantes quirúrgicos para tocar los genitales de las participantes. De esa manera la experiencia queda resguardada por la higiene y libre de los molestos gérmenes de esas regiones corporales.

La fantasía tiene el carácter de lo que se elige, algunos dicen que se nos impone, pero en realidad es un proceso de conocimiento. ¿Qué nos gusta y qué nos disgusta? John Lennon, tan liberal y comprometido con causas insurgentes, al alcoholizarse era una suerte de demonio de la misoginia. Fantaseaba con la noción del amo que maltrata a sus esclavas, lo mismo la joven que lo atendía en un bar o la *groupie* ocasional. El macho británico se desataba y avasallaba todo lo femenino que estuviera a su paso. Era el disfrute efímero de una condición que resultaba odiosa para un pacifista y un hombre por lo general reposado.

En cambio, varios escritores nacionales se han excitado hasta las lágrimas, para decirlo de algún modo, en el trato carnal con las sirvientas. Una de las fantasías de Julio Torri, referida por Huberto Batis y Beatriz Espejo, era que luego de concluir su cátedra, el gran prosista, ya anciano, se dirigía a la Alameda central. Sus ojos buscaban y rebuscaban una po-

sible víctima. La encontraba, y entonces iniciaba un recorrido por la antigua San Juan de Letrán, en donde se ubicaba un par de tiendas de lencería. Con mirada ávida contemplaba los aparadores con prendas de encajes y sedas, o las más vulgares de tamaño enorme, hechas de algodón y exentas de ornamentos, y compararía el instante con las mujeres que apenas había conocido y a quienes les resultaba extraño ese viejecito amable.

Hace poco más de un año llamó la atención una noticia: el realizador de origen neozelandés Lee Tamahori, famoso por su filme *Somos guerreros*, ya con residencia en Los Ángeles, California, había sido detenido. El director cinematográfico estaba travestido y ofreció sus servicios prostibularios a un agente policiaco vestido de civil. Desde hacía tiempo, Tamahori se ataviaba con trajes femeninos y compartía el espacio de un barrio miserable con el propósito de vender su cuerpo al mejor postor. Era desde luego una fantasía, él ganaba hasta un millón de dólares por dirigir una película, como la que hizo de la serie de James Bond, sin embargo le interesaba estar en el vórtice de la sordidez. Hecho que en otras épocas había satisfecho ciertas curiosidades de Salvador Novo, quien se prostituyó para alcanzar los goces de lo clandestino, de lo que admite otras consideraciones que van más allá de la mera necesidad física del placer o de la economía. Era el momento de la verdad, de enfrentarse a un universo turbio por unos cuantos días, como un reto y una experiencia

cercana al límite. Porque en el caso de Nahui Olin, una de las mujeres más hermosas del arte mexicano, su paso por el territorio de las hetairas fue parte de un proceso de decadencia. Pobre al extremo, la mujer compartía su soledad con sus gatos, y para sobrevivir ejerció esa prostitución lamentable que está exenta de cualquier fantasía.

Si Howard Hughes era capaz de desembolsar cientos de miles de dólares para cumplir sus anhelos íntimos a través de producciones fílmicas, personajes como Bette Davis, la famosa actriz, competía con Katharine Hepburn por los amores del magnate, por cierto, según se sabe, amante torpe y con serias dificultades para satisfacer a sus compañeras de lecho. La Davis quiso ganar una batalla a su contrincante y lo único que hizo fue llenar su cama con gardenias. Trajo al hombre de treinta y dos años y tuvo una cópula en la que se esmeró al extremo. Bette Davis era conocida por sus técnicas amoratorias y por sus relaciones extramatrimoniales; entonces cumplió su propósito y obtuvo ese placer compartido que deseaba para Hughes y para ella. Aunque la ganadora final fue la Hepburn, una de las amantes de mayor constancia en la vida de ese loco estafalario que fue Hughes. ¿Cuál es nuestra fantasía? ~

